

Carlos Préndez Saldías

## A una muerta querida



TUS brazos, los que fueron entraña arrulladora de mi niñez sin madre, ya no pueden ahora estrecharme a tu vida.

Si están quietos y largos  
bajo la tierra que hace frutos de miel y amargos!

Ya sabes el misterio de la orilla siniestra  
a que arrima su barca la pobre vida nuestra,  
y se abrieron tus ojos al horizonte claro  
de la mañana inmensa.

Yo con mi desamparo  
y mi sed de infinito, voy pidiendo al destino  
que retarde el recodo del último camino.  
Un miedo de morir, grande como este anhelo  
que me tiene los ojos perdidos en el cielo  
y en las rufas lejanas, me deja todavía  
ser un buen hombre alegre con mi melancolía...

No vienes a decirme que llegó la mañana,

ni abres, para que mire su canción, la ventana  
que da al jardín sonoro.

¡Porque no estás conmigo,  
el paisaje no asoma en el verso que digo!

¡Oh, mi muerta querida! Si la verdad no es ésa  
deslumbradora y dulce de tu fe, ¡qué tristeza  
cruel y desconsolada será la que tú tienes  
viendo que Dios te deja con el polvo en las sienes!

Todo lo fuí en tu vida. Y estabas en mi abrazo  
cuando dijo a tu oído la muerte su palabra.  
Yo, como el solitario que no tiene regazo,  
temblaré en el silencio cuando la puerta se abra  
y mire que la ha abierto la mano del acaso.

Si mi niñez fué tuya, no era tu Dios el mío.  
Se fué tu vida santa cual velero en un río  
apacible, que sigue la corriente amorosa.  
¡Mi muerte desgarrada de negador sombrío  
será como un naufragio en la noche brumosa!